



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

La falla simbólica:
consideraciones psicoanalíticas sobre la psicosis en la infancia.

TRABAJO FINAL DE GRADO
Ciclo de Graduación

Docente Tutor: Octavio Carrasco Huerta

Estudiante: Fernanda Giménez Álvarez
Documento: 49007786

Montevideo, febrero 2018

ÍNDICE

RESUMEN	pág. 3
INTRODUCCIÓN	pág. 4
<u>CAPÍTULO UNO:</u>	
El complejo de Edipo	pág. 5
Los tres tiempos del complejo de Edipo	pág. 6
El significante fálico	pág. 10
La metáfora paterna	pág. 11
<u>CAPÍTULO DOS:</u>	
La forclusión del Nombre del Padre	pág. 13
Forclusión, represión y afirmación primordial	pág. 13
Falla en la operación de separación y no-caída del objeto a	pág. 15
No-función del falo simbólico y la hiancia en lo real	pág. 16
Inercia dialéctica y deslocalización del goce	pág. 17
Congelamiento significativo y el delirio	pág. 18
<u>CAPÍTULO TRES:</u>	
Aproximación clínica: el caso “Dominique”	pág. 20
Cuadro clínico	pág. 20
Desencadenamiento	pág. 21
Desarrollo del análisis	pág. 23
El significante forcluído	pág. 28
Recomposición simbólica	pág. 30
CONSIDERACIONES FINALES	pág. 32
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	pág. 35

RESUMEN

En el presente trabajo se abordará la psicosis en la infancia, desde una perspectiva psicoanalítica de orientación Lacaniana.

Se comenzará por un recorrido conceptual por los procesos que se transitan en la niñez y hacen a la estructuración subjetiva, tanto neurótica como psicótica; para luego detenernos en el mecanismo de forclusión del *nombre del padre* como elemento central de las psicosis. El punto de partida será el *complejo de Edipo*, momento en el que entra en juego en la vida del sujeto el significante nombre del padre, que viene a sustituir al *deseo de la madre* y a introducir la ley humana de la prohibición del incesto.

A través de la adquisición a nivel del significante, de la metáfora paterna, se habilita al sujeto a desear y ser deseado; y su estructura se organiza en torno a la falta como motor del deseo, estimulando la simbolización y la entrada en la cultura.

La forclusión de este significante nombre del padre, deriva en la estructuración psicótica, donde en lugar del deseo encontramos un *goce* invasor que domina al sujeto.

Tomando el caso clínico 'Dominique' (Dolto, 2004), se articulan los aspectos teóricos que emergen de la exposición del cuadro clínico; con el objetivo de considerar el tratamiento desde el psicoanálisis de una estructura psicótica.

Se busca dar cuenta de una dirección posible de la cura psicoanalítica en el tratamiento de las psicosis; orientada hacia la recomposición simbólica que permita encauzar, en dirección a la adaptación y socialización, una estructura que impele al sujeto a la alienación.

Palabras clave: psicosis / infancia / significante / forclusión / deseo.

INTRODUCCIÓN

El tema elegido para la presente monografía, supone la articulación de ciertos conceptos claves en la teoría desplegada por Lacan y los autores que siguen su línea de pensamiento; de los que emergen una concepción y un abordaje particulares de las psicosis, propios del psicoanálisis lacaniano.

Se trata de una concepción que entiende la psicosis en términos de estructura, basada en la importancia fundamental de lo simbólico para el desarrollo subjetivo; donde la castración, como uno de los principales procesos en la construcción de la estructura psíquica de un sujeto, no se encuentra limitada a la realidad anatómica de los sexos, y donde el proceso de constitución subjetiva es entendido en tiempos lógicos y no cronológicos.

Estos aspectos hacen a una forma de comprender las estructuras psíquicas como un espectro, percepción que permite complejizar y no generalizar, y que en última instancia integra, en lugar de alienar y compartimentar el sufrimiento.

La perspectiva de Lacan propone dejar de pensar la psicosis en términos de carencia o debilidad mental, para entenderla como la estructura con la que debe arreglárselas un sujeto; y poder trabajar en dirección a la mejor relación posible del sujeto con su estructura, que le permita desplegar sus potencialidades y ampliar su horizonte simbólico y cultural. Considero que en este sentido se hace evidente la importancia del estudio de la psicosis, más aún en los casos en que esta se manifiesta en un momento de dependencia y vulnerabilidad como lo es la niñez.

Mi interés personal en el tema deriva de mi recorrido académico, dentro y fuera de Facultad, durante el cual elegí profundizar en psicoanálisis, particularmente en la orientación lacaniana. A su vez motiva este trabajo mi deseo trabajar en clínica con niños en el futuro.

Dicho deseo establece la necesidad de contar con un fundamento teórico lo más profundo posible, en torno a la psicosis en general y a psicosis infantil en particular, que constituya una herramienta sólida para la práctica profesional.

En esta línea, la principal interrogante se plantea en torno a la dirección de la cura, las herramientas para la clínica, y la posición del analista en el trabajo con niños psicóticos. El recorrido que aquí se propone, va desde lo normativizante hacia lo patológico, por lo cual en el primer capítulo se establece el tránsito por el Edipo y la subjetivación, desde el punto de vista de la neurosis, para luego en el segundo capítulo profundizar en torno a los mecanismos presentes en una estructuración psicótica. Por último, el análisis de un caso se constituye en una mirada a la clínica, y una oportunidad de identificar elementos que ayuden a ilustrar el fundamento teórico del trabajo.

CAPÍTULO UNO:

EL COMPLEJO DE EDIPO

El complejo de Edipo, tal como lo elabora Jaques Lacan en el transcurso de su enseñanza, hace referencia a un momento determinante en el proceso de constitución del sujeto, donde se establecen las bases de la estructura psíquica del mismo.

Uno de los elementos principales que introduce Lacan en su desarrollo del complejo, radica en la denominada *primacía del falo*; que hace referencia al falo como significante del deseo, donde la castración tiene que ver más con el tener o no tener el falo, con la falta, con el desear y ser deseado; y no con lo anatómico y la privación de un órgano.

Al momento de entrar en el complejo de Edipo, el niño se encuentra formando parte de la tríada imaginaria compuesta por madre, hijo y falo. Este último, que encarna lo deseado, representa en esta etapa para el niño, un lugar que se puede habitar.

Se establece de esta manera para el sujeto un primer orden simbólico, dentro del cual la madre se ubica en el lugar del Otro primordial, ya que de ella le vienen al niño el deseo y el significante. Este ser primordial es esencial para el desarrollo del deseo en el niño; ya que el propio deseo del sujeto en este momento, consistirá en ser el falo que satisface el deseo de su madre; es decir, ser deseado por ella como objeto de satisfacción.

Como consecuencia de esta primera organización, donde la madre se constituye como ser deseante, es posible para el niño asimilar que, debe entonces existir una dimensión donde se inscriba eso que desea la madre. Esta, en cuanto ser que vive en el mundo simbólico, en tanto ser hablante, se encuentra dividida por el lenguaje y es por tanto portadora de una falta (Bafico, Cabral, & González Imaz; 2007).

Esta falta que porta la madre, determina para el niño el fundamento de que la misma pueda desear en el plano imaginario. A su vez, la comprobación a través de la experiencia, de que la madre se mueve, de que puede estar o no estar, le da la pauta de que, lo que ella desea puede ser algo diferente a sí mismo.

El deseo es algo que se debe poder articular, que debe atravesar necesariamente el orden ya constituido de lo simbólico, para poder dirigirse hacia un objeto. La palabra somete el deseo del sujeto a la ley del deseo del Otro, tesoro del significante. Esta ley, es el lenguaje.

En este sentido, la demanda del niño debe atravesar la línea de la cadena significativa, para alcanzar el estatuto de deseo articulado.

La primera evidencia que encuentra el sujeto de su relación con el Otro del lenguaje, es su vínculo con este primer Otro que es su madre, a quien ya ha simbolizado, y a quien por

lo tanto se dirige en una forma articulada. La demanda que dirige el niño a este Otro materno, cobra valor simbólico, en tanto que la misma ha atravesado de esta manera la cadena significativa.

Según indica Lacan (2004), el niño que ha constituido a su madre como sujeto por medio de esta primera simbolización, se encuentra a su vez sometido a la ley del Otro materno.

La ley materna se basa en la condición de ser hablante de la madre. Esta es una ley incontrolada, y reside para el sujeto en el hecho de que, algo de su deseo, es completamente dependiente de otra cosa, que pertenece ciertamente al orden de la ley; pero que se trata de una ley que está alojada entera en el sujeto que la soporta, el Otro materno. (Lacan, 2004)

El niño entra entonces en el Edipo como un súbdito, sometido enteramente al deseo de la madre y su ley. Para que pueda salir de este lugar de súbdito es necesaria la intervención del padre.

Como expresa Lacan (2004) en su seminario 5, el atravesamiento del complejo de Edipo no se tratará solo de las relaciones personales entre el padre y la madre, sino de la relación de la madre con la palabra del padre; esto es, con el padre en tanto que lo que dice no es equivalente a nada. Es esencial para la resolución del complejo, que la madre fundamente al padre como mediador de lo que está más allá de su ley; a saber, la ley propiamente dicha. Se trata del padre en cuanto nombre del padre, estrechamente vinculado con la enunciación de la ley del deseo. Es en este sentido que será aceptado o no por el niño como aquel que priva a la madre del objeto de su deseo.

Los tres tiempos del complejo de Edipo

Lacan (2004) establece que el complejo de Edipo se desarrolla en tres tiempos, con un orden lógico de adquisición simbólica.

En el *primer tiempo* el niño busca, en tanto deseo de deseo, satisfacer el deseo de su madre.

En este tiempo se ubica el Estadio del Espejo, elaborado por Lacan (2013), que inaugura el orden imaginario en el sujeto, desde el momento en que éste reconoce su propia imagen en el espejo.

El sujeto se encuentra sumido en la descoordinación motora de un cuerpo que experimenta como fragmentado; sin embargo, al mirarse al espejo su reacción es de alegría, al identificar su imagen reflejada como una unidad, una completud.

El niño se reconoce en esa imagen de un cuerpo unificado, la cual se presenta entera, contrariamente a la percepción que el mismo tiene de su propio cuerpo.

Esta imagen entera de un cuerpo que no se percibe como entero, se convierte en la primera imagen que el sujeto tiene de sí; la primera identificación imaginaria, que será fundadora de la serie de identificaciones que irán constituyendo su yo.

Lacan (2013) establece al respecto que, esta imagen especular se constituye en matriz de todas las identificaciones que vendrán luego. Allí donde se reúnen el ideal del yo con esta imagen del cuerpo no fragmentado, será donde el sujeto ubique a cualquier otro a quien ame.

Sin embargo, a la vez que es originaria de la formación del yo, esta primera identificación es profundamente alienante para el niño, ya que el mismo se reconoce en lo que se le presenta como un otro, una imagen que se encuentra fuera de él. A su vez ese otro, no parece verse afectado por las mismas limitaciones motoras que sufre él.

Para que el Otro materno sancione la imagen recién obtenida del niño como digna de ser amada, es necesario que exista una correspondencia entre dicha imagen y el objeto de deseo de la madre. Es por ello que el sujeto se identificara en espejo con este objeto, que como se estableció previamente, es el falo.

Dentro de este primer tiempo del Edipo también se ubica un momento de elaboración simbólica elemental, que se introduce a través del juego denominado Fort/Da; el mismo es elaborado por Freud en *Más allá del principio de placer* (1992), y hace referencia al juego *está, se fue* (originalmente *ooo, aaa*), el cual plantea para el sujeto la dimensión simbólica de la ausencia de la madre; la misma puede no estar, no se encontrará siempre a disposición del niño.

De esta manera el niño es capaz de simbolizar de forma primitiva lo relativo de la presencia o ausencia de su madre, la cual puede responder o no a su llamado. En consecuencia, queda establecido que, si la madre puede estar o no, esta puede dar o no el pecho; lo que permite al niño asimilar que su objeto le puede ser negado.

El sujeto llegará a comprender que, lo que determina la presencia o ausencia de la madre es el falo, en tanto esta se mueve en torno a él; este hecho convierte al falo en una variable, que pone en duda la posición del niño como objeto exclusivo del deseo de la madre. La cuestión para el niño en este momento pasa por ser o no ser el falo, lo que para él es igual a ser o no ser el objeto de deseo de la madre (Bafico, Cabral, & González Imaz; 2007).

Es aquí donde el falo se presenta como eje de la dialéctica subjetiva. El falo en cuanto deseado por la madre es un objeto metonímico, que circula por el significado. El significante fálico adquiere para el niño el papel de objeto universal; y el mismo no tiene otra forma de satisfacerse, en tanto deseo de deseo, más que ocupando el lugar de falo materno.

Como expresa Lacan (2004), la relación del niño durante todo este primer tiempo es, no con la madre, sino con el deseo de la madre. El niño se encuentra aislado en su lugar de súbdito, desprovisto de todo lo que no sea deseo de aquel Otro que puede estar presente o ausente. Lo que deberá descubrir es cómo alcanzar su objeto, el deseo de la madre, el deseo deseado por el niño.

Por su parte, el deseo de la madre se encuentra en relación al padre, y el sujeto es capaz de captar el resultado de esta relación, que es el hecho implícito de que la relación sexual de la madre es con el padre, y no con el niño.

Aunque el padre todavía no interviene de forma explícita, la metáfora paterna comienza a generar efectos para el sujeto, por medio de lo que establece a nivel simbólico la existencia del padre, y lo que esta existencia implica para la relación del sujeto con su madre. Los efectos que genera el padre tienen que ver, no solo con separar al niño de la madre, ejerciendo el rol de privador; sino también con el hecho de que el padre tiene permitido lo que le prohíbe al niño en relación con su madre.

El *segundo tiempo* del Edipo se establece con la aparición del padre en el registro imaginario. El padre se hace notar como interdictor de la madre, y se hace posible apreciar su discurso por medio de la palabra de esta.

Durante el primer tiempo el discurso de la madre era captado en estado puro; aquí la palabra del padre interviene efectivamente sobre el discurso de la madre, en calidad de mensaje, y lo que anuncia es una prohibición. Mediante esta prohibición el padre se manifiesta en cuanto Otro (Lacan, 2004).

Para que el padre pueda ingresar en la dialéctica imaginaria; que consiste en la organización simbólica primaria de la triada madre, hijo, falo; es necesario que la madre de espacio a su intervención, Es ella quien debe avalar la mediación paterna de la relación entre madre e hijo, reconociendo al padre como portador de la ley, como padre en cuanto nombre del padre, aquel que puede privar a la madre de su objeto de deseo.

Como explica Lacan (2004), la demanda que el niño dirige al Otro materno, es remitida al Otro de la madre; es decir, eso con que el sujeto interroga al Otro materno, se encuentra siempre con el Otro del Otro, a saber, su propia ley.

Esto permite que al niño le vuelva en respuesta la ley del padre, concebida imaginariamente por el sujeto como privadora de la madre. Esta ley está alojada en el gran Otro, el padre como portador de la ley es quien la trae a la relación edípica.

De esta manera lo que desprende al sujeto de su identificación imaginaria con el falo, lo liga al mismo tiempo con la primera aparición de una ley que está más allá de la madre.

El hecho de que la madre remite a una ley que no es la suya sino la de Otro, y que el objeto de su deseo lo posee ese mismo Otro a cuya ley ella remite, es para Lacan (2004) la clave de la relación edípica, aquello que constituye su carácter decisivo será, no la relación con el padre sino la relación con la palabra del padre que porta dicha ley.

El padre en cuanto portador de la ley introduce un doble mensaje: no te acostarás con tu madre, para el niño (prohibición del incesto); y no reintegrarás tu producto, para la madre.

En este tiempo, el padre en cuanto ley necesita de la madre para operar; esta habla con la voz del padre y de esta forma se constituye como agente de la castración simbólica; se inaugura así la castración para el sujeto.

Lo que establece que la castración sea simbólica, es que el objeto de la misma es un significante, el significante fálico que representa la falta y que como tal deja de estar alojado en el cuerpo. Como se estableció anteriormente, para Lacan la castración no se juega del lado de la mutilación del órgano, sino de aquello a lo que el sujeto debe renunciar indeclinablemente: el goce incestuoso.

A través de la castración simbólica el sujeto renuncia a ser el falo de la madre. A partir de este momento debe aceptar que no puede ser el falo, que el mismo le falta a la madre (está castrada) y que ella a su vez desea algo que se encuentra más allá de él.

Esto posibilita la entrada en un *tercer tiempo*, donde hay un movimiento que va de *ser* a *tener* el falo. El padre debe intervenir como el que tiene el falo, y no como el que lo es: el padre puede darle a la madre lo que desea, y puede darlo porque lo tiene.

Ya no está presente a través de la palabra de la madre, sino que se manifiesta con su propio discurso, e interviene en este nivel para dar lo que está en juego en la privación fálica (Lacan, 2004).

La posibilidad de tener el falo hace referencia a tener algo que habilite al sujeto a desear y ser deseado; en el niño esto le permite tener un deseo propio, ya que antes de la intervención paterna su deseo era el deseo del Otro materno, deseo de deseo.

La metáfora paterna ha adquirido en este tiempo el estatuto de significante, y viene a reemplazar al significante principal que hasta este momento era el deseo de la madre (DM). Al ser desplazado, el DM es objeto de la represión y se hace inconsciente.

El significativo nombre del padre actúa así como regulador de la relación edípica, sustituyendo la omnipotencia materna por una ley que se encuentra más allá de ella.

El nombre del padre es lo que permite para el sujeto conciliar el deseo con la ley; va a determinar que no se puede ser el falo, y en su lugar iniciar al sujeto en una nueva lógica, donde este se puede dar y recibir, se lo puede tener o perder. De esta forma también se introduce a nivel simbólico la dimensión de la falta, en la medida en que el falo circula dejando tras de sí el signo de su falta.

Como resultado de este proceso el niño pasa de objeto a sujeto, se constituye su estructura subjetiva, a través de la instauración de una ley que trasciende a la madre (Bafico, Cabral, & González Imaz, 2007).

En este tercer tiempo el padre, que se revela en tanto poseedor del falo, que interviene en la relación edípica como el que lo tiene, permite que se configure para el sujeto una salida al complejo.

La salida para el varón se dará por la identificación con el padre al ideal del yo; el papel que desempeña aquí la metáfora paterna es ciertamente el de una metáfora (Lacan, 2004), ya que conduce a la institución de algo perteneciente a la categoría del significativo: el significativo de la virilidad que quedará en reserva para el niño, que podrá acceder a él luego, y su significación se desarrollará más tarde en la vida del sujeto.

Para la mujer la salida no es por la vía de la identificación, sino por el hecho de que a partir de este momento ésta sabrá donde se encuentra el falo, donde ir a buscarlo, y se dirigirá hacia el hombre como quien lo tiene.

El significativo fálico

Lacan (2009) plantea que el falo como significativo da la razón del deseo, al instaurar una falta. Lo que el descubrimiento de la existencia del falo introduce para el sujeto, es que el deseo de la madre está en relación a un elemento tercero, algo que está más allá de ambos, y que a ella le falta. Esta experiencia del deseo del Otro es decisiva, ya que permite al niño la aprehensión del hecho de la falta en el Otro.

Lacan (2009) establece, en su texto *La significación del Falo*:

Que el falo sea un significativo es algo que impone que sea en el lugar del Otro donde el sujeto tenga acceso a él. Pero como ese significativo no está allí sino velado y como razón del deseo del Otro, es ese deseo del Otro como tal lo que al sujeto se le

impone reconocer, es decir, el otro en cuanto que es él mismo sujeto dividido de la *spaltung* significativa (p. 660).

Para que sea posible para el niño comprender que hay algo, más allá de él, que su madre desea; que hay algo más en juego y que se trata del objeto del deseo materno, es necesario que logre captar la existencia, detrás de ella, de todo el orden simbólico del cual depende y que permite al niño cierto acceso al objeto del deseo materno.

Este objeto, marcado por la necesidad instaurada por el orden simbólico, es el falo. Su importancia en lo simbólico está dada por su simetría con el lugar del padre, ya que uno ocupa el vértice en el triángulo imaginario, y el otro en el simbólico. (Lacan, 2004).

Para que el sujeto pueda alcanzar ese *más allá* del deseo de la madre, y acceder al falo como objeto privilegiado del deseo del Otro, se necesita de la mediación que brinda la posición del padre.

La relación del niño con el falo se basa en que el mismo es el objeto del deseo de la madre; entonces, el padre, en tanto que priva a la madre de este objeto de deseo, desempeña un papel esencial en dicha relación.

La metáfora paterna

La metáfora, en la obra de Lacan, implica que una cosa sustituya a otra, un significante que se coloca en lugar de otro significante. En el transcurso del complejo de Edipo, se colocará al padre como significante en el lugar que ocupó antes el deseo materno, dentro de la simbolización primordial entre madre e hijo, es decir, el triángulo imaginario madre/niño/falo.

Esto se logra solamente si la madre sanciona en un significante que aquel sujeto es el padre.

El padre simbólico es una necesidad de la cadena significativa, ya que, por el solo hecho de que exista un orden simbólico, algo debe corresponder o no a la función definida por el nombre del padre. Luego en el interior de esta función se introducirán significaciones, que dependen de la necesidad de la función del padre en un momento y cultura determinados; a esta función corresponderá a su vez el nombre del padre en la cadena significativa (Lacan, 2004).

El papel de la madre en la estructura edípica, está dado por la relación de dependencia del niño respecto al deseo de la madre; esta relación se fundamenta en la simple vivencia por parte del niño, de esa dependencia.

En cuanto al papel desempeñado por el padre, este se presenta como privador del falo en la madre, la priva de algo que no tiene, que solo existe en cuanto símbolo de lo que ella desea. El sujeto tomará posición ante el hecho de esta privación, en un momento de su infancia.

Como establece Lacan (2004), será necesario que en un momento determinado de la evolución del Edipo el niño pueda simbolizar esta privación de la que la madre es objeto, y convertirla en significante.

El niño asume o no esta privación, la acepta o rechaza. Si no la acepta, se mantiene la identificación con el objeto de la madre, que se le presenta como rival. Queda identificado al falo de la madre, y buscará *ser* el falo.

Para que el niño haga el movimiento de *ser* a *tener* en cuanto al significante fálico, es necesario en primer lugar que el falo se encuentre fuera del sujeto, constituido a nivel de lo simbólico. A partir de esto puede intervenir efectivamente el padre como portador de la ley e interdictor del objeto materno.

El padre interviene como el portador de la ley, pero no la articula, no interviene promulgando la ley sino de una forma más concreta, hace obstáculo entre el niño y la madre. De esta forma, se constituye como metáfora solamente si la madre lo convierte en aquel que, con su presencia, sanciona la existencia del lugar de la ley. (Lacan, 2004)

CAPÍTULO DOS

LA FORCLUSIÓN DEL NOMBRE DEL PADRE

Lacan (2004) establece en su seminario 5 que el nombre del padre, o padre simbólico, el cual se aloja en el nivel del significante, es en suma lo que autoriza el texto de la ley. Representa al Otro en cuanto sede de la ley, y como significante sostiene dicha ley y la promulga: es el Otro en el Otro.

Esto ilustra la magnitud que tiene para el sujeto la falta de este significante del nombre del padre, ya que el mismo funda el hecho de que haya una ley, es decir la existencia de cierto orden en la articulación significante. Al decir de Lacan (2004), el nombre del padre “es el significante que significa que, en el interior de este significante, el significante existe” (p. 151).

Con esto se hace referencia a que, la metáfora paterna, es el significante que garantiza que, dentro de la cadena significante (que contiene la ley), existe un orden articulado del significante, al que la misma está supeditada.

El principal fundamento de su estrecha vinculación con la ley, es la prohibición que ejerce sobre la madre en nombre de la misma.

Forclusión, represión y afirmación primordial

En las psicosis, la función simbólica que ejerce el nombre del padre se encuentra forcluida (en alemán, Verworfen); no interviene el padre en el nivel de mensaje y código, y por lo tanto el mensaje, con el texto de la ley, la prohibición del incesto propiamente dicha (no te acostaras con tu madre, no reintegraras tu producto), falta.

La falla en esta operación tiene como principal consecuencia que el sujeto no es capaz de incorporar a su orden simbólico la ley paterna.

Lacan (2017), en su seminario sobre las psicosis, nos indica que esta falla en la simbolización se pondrá de manifiesto en un momento clave de la vida del sujeto, cuando se enfrente al requerimiento de hacer responder al nombre del padre en su lugar de significante, lugar desde el cual no puede responder porque nunca ha llegado a ocupar. En su lugar responderá su estructura psíquica, organizada a la manera de la psicosis, donde lo real invade al sujeto. Cuando el discurso del padre está abolido desde el principio, no es posible que el mismo se integre en el sujeto como lo que constituye la coherencia interna del discurso y la sanción de la ley como tal.

La simbolización primordial de la castración no se inserta en la historia del sujeto, ya que, en el momento constituyente del proceso de simbolización primario, donde el juicio

atributivo tiene lugar a través de la *bejahung* (afirmación primordial), la *verwerfung* opera en su lugar.

En el origen de la simbolización, la *bejahung*, o afirmación primordial, se establece por el juicio de atribución planteado por Freud (1992), a partir del cual el sujeto construye un primer orden simbólico; este mecanismo tiene que ver con el placer y el displacer producto de las experiencias tempranas del yo: “el yo-placer originario quiere, como lo he expuesto en otro lugar, introyectarse todo lo bueno, arrojar de sí todo lo malo” (p. 254).

El sujeto comienza a constituirse a partir de esta dinámica de inclusión/exclusión, regida por el principio de placer, que ordena las marcas provenientes de la experiencia perceptiva del sujeto. El criterio de esta organización, como lo establece Sauval (1995), no se trata de juzgar la adecuación de la representación de una experiencia, a la cosa que representa (donde la cosa sería lo verdadero); sino que estamos ante el origen de una primera simbolización rudimentaria; una primera estructuración elemental de lo simbólico, donde el sujeto ordena su mundo en términos de *bejahung*, lo aceptado y afirmado, donde se atribuye valor de símbolo a una representación; y *ausstossung*, lo rechazado en función del principio de placer. Con lo que emerge de esta operación, el sujeto forma su mundo, y sobre todo se ubica en él.

En el caso de las psicosis, algo ha sido dejado por fuera de esta primera simbolización que estructura al sujeto. Lacan (2017) expresa al respecto, en su seminario sobre las psicosis:

Todos los taburetes no tienen cuatro pies. Algunos se sostienen con 3. Pero entonces no es posible que le falte ningún otro, sino la cosa anda muy mal. Pues bien, sepan que los puntos de apoyo significantes que sostienen el mundillo de los hombrecitos solitarios de la multitud moderna son muy reducidos en número. Puede que al comienzo el taburete no tenga suficientes pies, pero que igual se sostenga hasta cierto momento, cuando el sujeto, en determinada encrucijada de su historia biográfica, confronta este defecto que existe desde siempre (p. 289).

Las primeras significaciones, sin las cuales el orden simbólico no se podría establecer, se ven afectadas por la falla que produce la forclusión en la estructuración del sujeto.

Siguiendo con lo expresado por Lacan (2017) en el seminario 3, tenemos que en la estructura neurótica juega un papel la huida, la evitación ante un conflicto con la realidad.

Así, se ve sacrificada en la neurosis una parte de la realidad psíquica del sujeto, que, en el momento en que se desencadena su neurosis, el mismo suprime a través de la *verdrängung* (represión).

La realidad reprimida es olvidada, pero continúa haciéndose oír de una manera simbólica en la vida del sujeto, a través de sus síntomas, que constituyen una significación particular.

En cambio, indica Lacan (2017), en la psicosis, lo que juega un papel es una ruptura, un desgarramiento, una hiancia con la realidad exterior. Es la realidad misma la que está provista de ese agujero, que luego el mundo imaginario del sujeto intentará colmar.

Esta hiancia representa eso que ha sido dejado fuera de la simbolización que estructura al sujeto, lo que no se inscribe en lo imaginario ni en lo simbólico, y que se manifestará en un retorno desde lo real, donde el sujeto percibe al Otro como terrible; es presa de una certeza persecutoria en relación a la vivencia de la castración, que provoca la cascada imaginaria del delirio.

Falla en la operación de separación y no-caída del objeto a

La ley a la que hacemos referencia como humana, se trata de la ley del deseo, que es portadora de la prohibición del incesto. Esta prohibición que el niño incorpora tan tempranamente en la neurosis, está relacionada con una pérdida irrecuperable del objeto primordial del deseo.

El acceso al mundo simbólico solo es posible si el sujeto renuncia a su objeto de satisfacción inicial; esta es la pérdida que a la vez es fundadora de una eternización del deseo, por la imposibilidad del sujeto de volver a encontrar dicho objeto.

Se trata del objeto *a*, uno de los conceptos fundamentales de la teoría desarrollada por Lacan; objeto primordial del goce del sujeto, que es causa del deseo al poner en marcha su dialéctica, desde el momento en que se lleva a cabo la separación con el mismo.

Esta separación es mediada por la intervención de la metáfora paterna, y como resultado el niño separado de su madre queda sujeto a una falta, se pone de manifiesto su incompletud.

Esta inscripción significativa de la pérdida del objeto es condición necesaria para la instauración del orden simbólico.

La caída del objeto *a* es el producto de esta operación, por la cual la metáfora paterna separa a la madre y el niño, al decir de Maleval (2002), “recorta un agujero en el campo del Otro y a la vez aporta el elemento necesario para velar esa hiancia” (p.101).

El elemento al que hace referencia el autor en este punto es el falo simbólico, que, anudando al sujeto con el lenguaje, lo separa de la confrontación no mediatizada con el deseo del Otro, generadora de angustia (Maleval, 2002).

Sin embargo, en la psicosis encontramos que esta separación con la madre en cuanto agente del Otro, falla, debido a la forclusión del nombre del padre, que impide al sujeto simbolizar la ley paterna. Así, el niño permanece fundamentalmente identificado con el objeto del goce materno, y más tarde el sujeto desencadenado en su psicosis se verá abrumado por el exceso de este goce.

No-función del falo simbólico y la hiancia en lo real

De acuerdo con lo que hemos establecido, la función principal del nombre del padre es la de unir el deseo con la ley. Para poder llevar a cabo esta unión, es necesario que el padre aporte una alternativa al goce del Otro materno; esta alternativa la da la respuesta fálica, que responde al enigma del deseo del Otro. En este sentido indica Maleval (2002), que el padre “tomando a su cargo lo inefable, impide una búsqueda infinita del sentido” (p. 94).

Pero esta respuesta solo es posible para el sujeto, en la medida en que hay una renuncia del mismo al objeto primordial del goce.

Para el sujeto psicótico, la forclusión del nombre del padre impide que se logre esta renuncia y la separación imaginaria con el objeto primordial de goce. Es por ello que le resultara insoportable la cercanía con la hiancia en el Otro; al no acceder a la respuesta fálica que otorga la metáfora paterna, el sujeto carece del elemento que le permite dar respuesta a la interrogante que plantea esta hiancia. El sujeto psicótico reacciona con perplejidad al enfrentarse con el enigma del deseo del Otro, que representa la presencia de un agujero en el campo del significante.

Al respecto, Maleval (2002) establece:

Nada más crítico para un psicótico que acercarse a ese vacío; como el significante nunca es solitario, según lo demostró Saussure, si falta uno de ellos el sujeto se ve obligado a poner en cuestión el conjunto del ordenamiento de la cadena significante, proceso que solo consigue estabilizarse mediante la creación de una neorrealidad delirante. (p.56)

Inercia dialéctica y deslocalización del goce

Siguiendo lo planteado por Maleval (2002), dentro del campo de las neurosis, nos encontramos con un sujeto parasitado por el lenguaje. Dividido en su ser por una falta que le es constituyente, es presa de una tensión que va contra la homeostasis del placer, y que provoca la búsqueda interminable de un objeto perdido que le es imposible de recuperar.

Esta tensión constituye el goce llamado fálico, el cual se localiza en un afuera del cuerpo del sujeto, vaciándolo de goce; y constituyendo el objetivo de las pulsiones.

Por el contrario, el sujeto organizado a la manera de la psicosis conoce otro goce, que no se encuentra regulado por el significante fálico, y que pertenece al cuerpo.

Se trata del goce del Otro, el cual elude lo simbólico al no estar sometido a la significación del falo, y por tanto es inaprensible, no responde a un principio unificador.

Cuando hablamos del Otro, en el momento del desarrollo subjetivo que corresponde al complejo de Edipo, dicho lugar se encuentra ocupado por la madre. El padre simbólico debería instaurar un límite contra este goce del cuerpo, al imponer la dialéctica del falo simbólico y la función de la falta, estableciendo el origen del deseo para el sujeto.

En su lugar, la carencia de la función paterna que ubicamos en la psicosis entrega al sujeto a este goce del Otro, que lo invade.

Como plantea Lacan (2004), mientras el lugar de la madre está determinado por la experiencia del nacimiento, el padre necesita de la intervención de la palabra de la madre para poder ocupar su lugar. Por este motivo la función paterna se vuelve indisociable del campo de lo simbólico, y es fundadora del sistema primordial del significante en el sujeto. El nombre del padre proporciona una respuesta, a través del significante fálico, al enigma del deseo de la madre.

La respuesta fálica le permite al sujeto interpretar el deseo en el campo del lenguaje, recubriendo su ausencia de saber sobre el sexo. De esta forma alza un obstáculo frente al goce incluido en la relación entre madre e hijo, oponiéndose a la instauración de una completud imaginaria en la que ambos quedarían reunidos. (Maleval, 2002)

Cuando el significante nombre del padre es forcluido, el deseo de la madre se vuelve un goce imposible de dominar para el sujeto, que no dispone del significante capaz de dar razón de ese goce. La falta de este significante provoca la desestructuración de la cadena significante, y la irrupción en lo real de significantes desconectados entre sí, que no son articulables por el sujeto y adquieren para este un peso singular.

La función paterna debe hacer posible para el sujeto una relación entre lenguaje y goce, que le permita codificar este último en términos de articulación simbólica.

Es en este sentido que su carencia opera obstaculizando esta relación; provocando en la psicosis la desaparición del intervalo entre significantes. Este espacio o separación entre un significante y otro, representa la falta en ser, por lo que da continuidad a la cadena significante, dado que allí se ubica el deseo. Es lo que permite la apertura dialéctica que se encuentra en la base de la creencia; por lo que su desaparición coloca en su lugar a la certeza psicótica del delirio.

Congelamiento significativo y el delirio

Los mecanismos de los que dispone un sujeto neurótico, para vérselas con los contenidos afectivos a los que debe enfrentarse en su realidad cotidiana, difieren ampliamente de aquellos presentes en la psicosis.

Cuando un sujeto neurótico debe enfrentar una pulsión que ya fue puesta en juego en su pasado simbólico, por ejemplo, durante el desarrollo de su neurosis infantil, logra tramitarla a través de sus síntomas. De esta forma lo que fue en su momento reprimido, puede expresarse a través de una vuelta por lo simbólico, siendo lo reprimido y su retorno, dos partes de un mismo proceso (Maleval, 2002).

La represión le brinda al sujeto, de esta manera, una forma de arreglárselas con lo que vuelve a aparecer.

En cambio, en las psicosis no hay prehistoria, cuando algo aparece en el exterior y lo interpela, el sujeto no puede remitirse al pasado de su relación con esa pulsión, o remitirse a su primera simbolización. Por el contrario, no puede responder; en su lugar construirá un universo nuevo a través del delirio, como forma de enmascarar la falla fundamental que se muestra en lo simbólico.

La forclusión ha afectado a un primer cuerpo del significante, que hubiera debido establecer una simbolización primordial que cimiente al sujeto, y a la cual el mismo pueda remitirse en momentos posteriores de su existencia (Maleval, 2002).

Como resultado de la falla simbólica, que se produce por la forclusión del nombre del padre, se ven afectados en la estructura psíquica del sujeto los puntos de fijación fundamentales entre significante y significado; se trata de los anudamientos establecidos por la función paterna entre elementos del conjunto del significante y del conjunto del significado, que forman enlaces de sentido que orientan al sujeto en su existencia.

Si estos enlaces no se han establecido, o se rompen, la corriente continua del significante recupera su independencia, y se expresa en el delirio.

Para ilustrar esto Lacan (2017), utiliza la imagen de una carretera; en esta metáfora se representa al significante fálico como la carretera principal por la que circula el sujeto, cumpliendo la función de polarizar, aferrar, agrupar en un haz las significaciones, organizarlas.

Cuando este significante falta, el sujeto carece de esta carretera principal y en su defecto debe utilizar las calles secundarias, guiándose por las señales que aparecen al costado de los caminos señalando direcciones diversas.

Desde los márgenes de esta carretera principal que no puede transitar, eso se pone a hablar para el sujeto. En el murmullo continuo de estas señales el significante se expresa por sí mismo.

Lo que vemos desarrollarse en el delirio, tiene la característica de estar absolutamente excluido del compromiso simbolizante de la neurosis. Es de otro orden, y se traduce en una verdadera reacción en cadena a nivel del registro imaginario; se sustituye en el sujeto la mediación simbólica por la proliferación imaginaria (Lacan, 2017).

Las repeticiones, estribillos, neologismos, entre otros núcleos de inercia dialéctica característicos del lenguaje del sujeto psicótico, son manifestaciones observables de un congelamiento del significante.

El delirio, surge como un intento del sujeto de remediar la no función del falo simbólico, creando un nuevo orden del lenguaje dentro del cual pueda contener de alguna manera ese goce que lo invade.

CAPÍTULO TRES

APROXIMACIÓN CLÍNICA

A continuación, se realiza un recorrido por el caso clínico presentado por la psicoanalista Françoise Dolto en su libro de 1973, titulado *El caso Dominique*.

Cuadro clínico

Dominique Bel es un adolescente de 14 años, a quien su madre lleva a consulta con la psicoanalista Françoise Dolto buscando un diagnóstico y una orientación respecto a su ubicación escolar.

Al momento de iniciar el análisis, su diagnóstico es el de un caso de debilidad mental; donde su conducta estereotipada y su encierro en sí mismo parecen marcar una evolución hacia la esquizofrenia. En el momento en que consultan, Dominique se encuentra concurriendo a un centro educativo especializado, en el cual no ha logrado progresar en su nivel académico. Previamente ha repetido tres veces el noveno grado de la escuela primaria (correspondiente a la edad de ocho años), luego ha ingresado en esta escuela especializada donde, si bien no distorsiona la clase, tampoco avanza en el aprendizaje.

Si bien en esta escuela especializada no tienen quejas por su comportamiento, su madre expresa que en la casa la vida con él se hace insoportable, aunque no sabe explicar exactamente por qué considera que su presencia hace la vida imposible.

Su apariencia física está acorde con su edad, tiene un rostro inexpresivo en el que lleva una sonrisa estereotipada con los ojos semicerrados. No se para derecho, sino que sigue a su madre con los brazos encogidos a la altura del pecho y las manos caídas.

Su madre plantea que Dominique se encuentra, desde hace un tiempo, afectado por los cambios asociados a la pubertad; sin embargo, cuando se la interroga al respecto, la señora Bel refiere que el muchacho no tiene ninguna curiosidad sobre su sexualidad. Piensa que nunca se ha masturbado, y no parece sentir ningún pudor respecto a su cuerpo.

Dominique se encuentra totalmente desorientado en cuanto al tiempo y el espacio, no es capaz de circular sólo por la calle ya que se pierde, o sigue a cualquier persona; el mismo no parece saber por qué.

En cuanto a su nivel de aprendizaje, habla correctamente pero no responde a las preguntas que se le realizan. Sabe leer, pero no ha alcanzado una estructuración lógica que le permita adquirir nociones de cálculo o proporciones, no comprende nada de matemáticas

y esto lo preocupa, al punto de obsesionarse con las tablas de multiplicar, las cuales repite inútilmente.

Dominique tiende a apartarse de los demás, evita socializar, no tiene amigos ni tampoco enemigos. En su casa juega un poco, pero no se interesa por ninguna actividad práctica. Le gusta inventar historias que cuenta a su familia, pero nadie logra comprender lo que relata; la analista infiere en este sentido, que se trata más de delirios que de fabulas.

Su actividad favorita es dibujar; realiza dibujos estereotipados de artefactos mecánicos, como aviones o autos; en las sesiones con Dolto también trabajará con masa de modelar, realizando modelados de gran tamaño (los más pequeños miden unos cuarenta centímetros).

Su carácter no ha cambiado desde los ocho años; si bien es dócil no es capaz de valerse por sí mismo, depende de los cuidados de su madre para comer, vestirse y asearse. Come todo lo que ponen en su plato sin prestarle atención, no rechaza ningún alimento ni tampoco demuestra preferencias o gustos por los mismos. Presenta fobia a las bicicletas y a los caballos, cuando siente miedo se aferra a su madre quedando inmóvil. Tiene comportamientos extraños, o manías; por ejemplo, se angustia si ciertas cosas cambian de lugar, y no soporta que laven su ropa interior, la misma debe ser guardada en el armario sin lavar. A su vez le genera pánico bañarse, aunque permite que su madre le lave las manos y la cara.

Desencadenamiento

Dominique tiene dos hermanos, Paul-Marie es un muchacho dos años y medio mayor que él, y Sylvie una niña dos años y tres cuartos menor. Según refieren las comunicaciones enviadas por la escuela a la que concurría en su momento Dominique, sus problemas de conducta comenzaron con el nacimiento de su hermana menor, ya que previamente no había presentado ninguna dificultad. Los desórdenes de su conducta actual se atribuyen a los fuertes celos que experimentó en su momento, con motivo del nacimiento de su hermana.

En esta institución, a la que había ingresado con solo dos años de edad, se encontraba muy bien adaptado; hasta el momento en que sus padres lo envían a casa de sus abuelos paternos con motivo del nacimiento de su hermana. A su regreso de este viaje, se encuentra con una dinámica familiar completamente distinta a la que estaba habituado, cuyo centro era su nueva hermana. Como consecuencia, mostró un cambio muy significativo en su carácter; perdió el control de esfínteres que había logrado tan tempranamente, se volvió agresivo y difícil de manejar, y todo esto causó que la escuela no aceptara recibirlo nuevamente.

Lo que motivó este cambio en Dominique fue, principalmente, el hecho de que, a su regreso, encontró ocupado por su hermana su lugar en su propia cuna, donde había dormido hasta entonces, en el cuarto de sus padres. A él lo ubicaron en una cama de adulto, en la habitación de su hermano mayor. También tuvo una reacción de mucha angustia ante el hecho de ver a su hermana tomando el pecho, llegando a intentar arrancarla del seno materno, expresando que no quería ver a la niña “comerse a mamá”.

Durante las vacaciones siguientes, que transcurrieron en casa de sus abuelos maternos, paso por constantes crisis de oposición y de rabia, donde era necesario protegerlo de sí mismo y proteger a su hermana; y tuvo periodos de autismo e insomnio.

Una vez que alcanzó la edad de seis años se lo ingresó en la escuela primaria, donde no le fue posible adaptarse debido a su comportamiento inestable, falta de contacto con otros y un nuevo retroceso en el control de esfínteres que parecía haber recuperado. Es así que se lo deriva a consulta psiquiátrica, donde se le realizan diversos test y exámenes que no revelan nada patológico.

A raíz de esto se lo deriva a una primera psicoterapia, con duración de seis meses, donde se trabajan los celos que experimentó por el nacimiento de su hermana; durante este tratamiento su madre pudo relacionar los cambios en su carácter con este acontecimiento, lo que no había hecho hasta entonces.

La madre de Dominique considera que este primer tratamiento no tuvo resultados, la indicación de la psicóloga al culminar el mismo fue que se intentara revertir los celos asegurando al niño que se lo quería tanto como a su hermana, y que se lo volviera a enviar a la escuela primaria.

Ambas indicaciones se llevaron adelante por parte de los padres; en cuanto a su carácter, comenzó a mostrarse más dócil y a ser afectuoso su hermana, imitando la admiración que demostraba el resto de la familia ante los avances de la niña. En la escuela cursó los dos primeros años, sin grandes progresos en el aprendizaje y manteniendo distancia con los demás.

Ante el fracaso en el aprendizaje, y por consejo de esta misma psicóloga, Dominique es enviado a casa de sus abuelos paternos durante un año; durante su estancia allí aprende a leer; si bien al regresar a su casa pierde el aprendizaje adquirido, su madre comienza a ocuparse más de él y de esta forma logra recuperar la lectura, si bien la escolaridad no volvió a tener éxito.

Desarrollo del análisis

El trabajo analítico con Dominique, consistirá en doce encuentros que se desarrollan en un periodo de 15 meses, durante los cuales Dolto (2004) aborda principalmente los elementos edípicos que están en la base de la organización subjetiva que presenta.

A continuación, se reseñan los momentos más significativos sucedidos en el desarrollo del análisis, referidos por la analista en su libro sobre este caso clínico.

En la primera sesión se entrevista primero a la madre, quien explica los problemas que tiene con su hijo, y su demanda de orientación en cuanto a su ubicación escolar.

La señora Bel indica que es para sus hijos madre y padre a la vez, dado que el padre de Dominique es una presencia muy variable en su casa; considera que sus hijos no ven la diferencia cuando el padre no está en casa.

Con respecto a Dominique, el padre piensa que no hay nada que hacer, no cree más que en la cirugía y considera que un tratamiento psicológico no sirve para nada; desde el comienzo la señora Bel advierte que su marido ya ha tomado partido con respecto a la situación de su hijo y no parece posible que cambie de opinión.

Dominique por su parte, no mira de frente, mira de reojo con parpados caídos; y lo primero que expresa, ante la pregunta de cómo se siente, es: *yo no soy como todo el mundo*.

Ya en esta primera entrevista, se puede dar cuenta del intento de la analista por comenzar a rescatar de alguna forma la figura del padre; del discurso de la madre y de la historia clínica de Dominique se interpreta que la evolución a la esquizofrenia tiene su cimiento en la falla edípica, donde la metáfora paterna no cumplió su función en la simbolización.

La primera intervención de Dolto en este sentido, es enunciar para Dominique, en presencia de la madre, que el padre cuenta, aunque no esté presente la mayoría del tiempo, y que los dos padres toman todas las decisiones en conjunto.

En la segunda sesión Dolto entrevista al padre de Dominique. El mismo expresa que su hijo siempre fue un niño difícil, aun antes del nacimiento de su hermana. Cuenta que se golpeaba la cabeza contra la cuna para llamar la atención de la madre.

Afirma que su hijo es de otro planeta, “no es uno como nosotros”, expresión muy similar a la que pronuncia Dominique en la primera sesión, y que permite inferir de dónde proviene ese primer significativo expresado por el mismo.

El señor Bel relata que, al nacer, encontraron que era un bebé muy feo, parecido a un mono; su mujer lo encontró tan feo que él tuvo que animarla.

De sus otros hijos se muestra satisfecho, pero no cree que haya posibilidades de mejora para Dominique. De todas formas, acepta que el mismo comience un tratamiento psicoterapéutico con Dolto.

A la segunda parte de esta sesión corresponde la entrevista con Dominique, el cual trae un sueño que cuenta de forma desordenada, no hay un hilo conductor; en su relato pasa de una idea a otra sin transición, cambia el tiempo verbal dentro de una misma oración, y por momentos se mezcla el sueño con otras vivencias. Su narración es incomprensible y no existe intercambio con la analista, la misma le hace preguntas que Dominique no responde; parece hablar para sí mismo más que para un interlocutor.

Al final de la sesión la madre solicita una indicación respecto a su situación escolar, a lo cual la analista sugiere una clase de perfeccionamiento escolar cerca de su casa.

Hacia el cuarto encuentro, el relato de Dominique se ha modificado, siendo más comprensible lo que expresa, y pudiendo establecerse un intercambio con la analista.

En esta sesión realiza el modelado de un perro, y articula una historia en torno al mismo; en la historia se manifiesta un paralelismo entre el perro y Dominique, donde este perro se pierde, pero regresa. En su relato expresa que el perro no es querido, que quieren deshacerse de él, pero el regresa. El adiestramiento de este perro ha fracasado, pero con mucho empeño podría triunfar.

Esta elaboración es acompañada de más modelado, el perro se va modificando, le saca y pone partes, y lo transforma en una vaca. Siempre narrando a medida que trabaja con su personaje. A través de una interpretación, sobre la elaboración de Dominique en torno a la vaca, Dolto dirige la conversación hacia el amor y el enamoramiento; indaga al respecto y Dominique expresa que no quisiera amar a nadie más que a sus padres. Ante esto la analista señala la diferencia entre el amor a los padres y el amor de pareja, y como este último se debe buscar fuera de la familia. De esta manera busca introducir algo de la función paterna a través de la prohibición explícita del incesto.

El encuentro transcurre en torno a los modelados y las historias que cuenta sobre ellos; se aprecia una metonimia en el deslizamiento de las identificaciones, donde el perro pasa a ser una vaca, la vaca sueña ser un buey, que a su vez sueña que es una vaca. Aquí se pueden ver las dudas en cuanto a la sexualidad propia y la de los demás. Dolto concluye que Dominique no tuvo oportunidad de pasar por una castración que lo iniciara en la cultura, sino que lo que vivió en lugar de esto fue una mutilación; no hubo simbolización luego de la

renuncia al objeto primordial de deseo, lo que impidió que la renuncia al goce significaba para el niño el acceso al significante fálico.

Según expresa Dolto (2004), la renuncia al goce incestuoso entre madre e hijo, no existió para Dominique, para quien “todo conduce al contacto devorante, a una salida erotizada” (p. 68).

Esto se evidencia también en el hecho de que el mismo no tenga preferencia ni aversión por ningún alimento; si bien en su casa no se pone restricción a los deseos orales de los niños, Dominique no pide ni desea nada, es indiferente a la comida.

En su lugar de falo materno, estaba habituado a que su madre hiciese su voluntad; le bastaba servirse de su cuerpo, golpeando la cabeza contra la cuna, para que la misma abandonara la cama matrimonial para atenderlo, satisfaciendo no una necesidad, sino su deseo de separarla del padre.

Pero, a su regreso de la estancia en casa de los abuelos, encuentra completamente transformado el equilibrio familiar al que estaba acostumbrado, su lugar ya no está en el cuarto de sus padres, y su cuna pertenece a otro bebé. Sus padres y hermano están totalmente dedicados a su nueva hermana, y Dominique no puede encontrar su lugar en estas nuevas circunstancias.

En la siguiente sesión, Dominique podrá elaborar más directamente en torno a la sexualidad, a través del modelado de un hombre al que coloca un pene; habla del sexo del hombre al que llama *pipi*, pero a la misma figura le coloca también pechos, demostrando nuevamente su confusión entre el sexo femenino y masculino.

Durante este encuentro la analista habla con el hermano mayor, Paul-Marie. El mismo trae el hecho de que su madre los hace acostarse con ella cuando el padre no se encuentra en la casa, ya que siente frío y necesita que los niños calientan la cama.

Cuando, más tarde, le plantea a Dominique lo que expresó su hermano, este elude al principio responder, trata de cambiar el tema. Luego, llevado por las interpretaciones de Dolto, habla de un amigo con el que comparte juegos de carácter sexual; y finalmente, después de asegurarse de que la madre no puede oírlos, accede a hablar de la exigencia de la madre de que los hijos compartan su cama. En sus expresiones se percibe la confusión que le causa el acostarse en la cama de la madre, indica que ya no quiere y que se le hace raro; a su vez se encuentra desconcertado por lo que expresa su madre, respecto de que las niñas deben acostarse con las mujeres, y los hombres con los hombres.

Ante esto la analista intenta una vez más rescatar la ley del padre, enunciando abiertamente la prohibición del incesto y dándole a la misma el estatuto de ley de todos los hombres, asegurando que está prohibido que los muchachos se acuesten con sus madres.

Al final de la sesión, Dolto plantea también a la señora Bel lo traído por sus hijos, y como esta situación los perturba. La señora Bel asume la situación sin intentar justificarse, demuestra su inmadurez con respecto a la sexualidad al entender el tema casi como una travesura, que no le provoca pudor o vergüenza.

En las dos sesiones siguientes, Dominique describirá más detalladamente los juegos de carácter homosexual que comparte con sus primos y en particular con un compañero que invita a su casa, lo más parecido a un amigo que ha mencionado. A su vez trae la prohibición del incesto a partir de las interrogantes que esto le genera, por ejemplo, si su sexo puede explotar al pegarse a su madre. También se vislumbra una vez más la ambigüedad con respecto al sexo válido para el yo ideal.

Los juegos de naturaleza homosexual que comparte con su amigo son ocultados de su madre por miedo a que esta lo reprenda; tenemos entonces que, mientras las situaciones incestuosas son autorizadas y promovidas por la madre, estos juegos homosexuales no incestuosos son prohibidos por ella.

Hacia el octavo encuentro con Dolto, Dominique habla del tiempo que pasó en casa de su abuela paterna, posterior al primer intento de terapia psicológica. En casa de esta abuela, que lo reprendió y le puso límites, pudo aprender a leer. Las prohibiciones que le imponía su abuela se oponen a lo desmedidamente permisivo, respecto de todo lo imaginariamente regresivo e incestuoso, que representa su madre. La represión de los impulsos que debió ejercer durante este periodo, permitieron a Dominique una apertura a la adquisición cultural y simbólica, la cual se pierde nuevamente al regresar a casa de sus padres.

La décima sesión del análisis da cuenta de una diferencia sustancial en el discurso de Dominique, la misma consiste de una conversación, no hacen falta dibujos o modelados; su relato ya no es delirante, sino que recuerda, se ordena espacio-temporalmente, se dirige a la analista mirándola a la cara.

Dolto reflexiona en torno a lo que la logró Dominique, el cual comienza a aceptar las frustraciones que vienen del padre, y acepta que la madre pertenezca más íntimamente a su marido que a sus hijos.

El nacimiento de su hermana representó para Dominique la pérdida de todos los puntos de referencia que lo sostenían hasta ese momento. El habla y el control de esfínteres, que hasta entonces habían constituido los elementos necesarios para ser el centro de atención

de su madre, dejaron de tener valor. Esto provocó su desnarcisización, y conllevó la pérdida de las adquisiciones simbólicas que había logrado hasta ese momento, las cuales estaban relacionadas a los deseos de la madre. La figura paterna nunca interviene para Dominique; su madre considera que, con ella en su papel de padre y madre, tal como lo expresa, es suficiente, y que la presencia o ausencia del padre es indiferente.

Como resultado de este proceso, indica Dolto (2004), se da la fuga del deseo en Dominique, única vía por la cual le fue posible preservar algo de su narcisismo. Esta economía libidinal cerrada sobre sí misma, significó un adormecimiento ante sus propias sensaciones y necesidades; al escapar a la consciencia de su cuerpo sexuado, escapa a la amenaza de la castración. Se percibe claramente que todo lo relativo al sexo y al funcionamiento genital le genera mucha confusión y se encuentra muy rudimentariamente simbolizado.

Las dos últimas sesiones giran en torno al futuro escolar de Dominique y al de su tratamiento, existe la posibilidad de seguir un año más en la escuela de perfeccionamiento para alcanzar su certificado de estudios, o la de comenzar un oficio; de por medio está la opinión del padre, que quiere culminar el tratamiento con Dolto.

En el penúltimo encuentro, que se da antes de las vacaciones de verano, la señora Bel explica a la analista que su marido considera que están perdiendo tiempo y dinero en el análisis. Dominique, al decir de la madre, ha mejorado notablemente en la escuela, donde están muy satisfechos de sus progresos; en la casa se ha vuelto más sociable y participa de los intereses familiares. A pesar de esto, el padre piensa que no va a progresar más, que deberían ponerlo en una escuela para retrasados.

Por su parte Dominique expresa que le gustaría seguir un año más en la escuela para conseguir su certificado, trabajar en la granja de su tío durante el verano, y retomar el análisis luego de las vacaciones; pero es consciente de que su padre considera que el tratamiento psicológico no sirve para nada.

Durante esta sesión realiza un modelado, de un hombre que, indica, se encuentra enfermo. A este personaje le realiza operaciones, le da una inyección, inserta órganos dentro de su cuerpo (pulmones, intestinos, corazón) siempre relatando la operación y las enfermedades que tiene. Lo asocia con una operación que vio en televisión recientemente.

La analista relaciona esta elaboración con el hecho referido por la madre de Dominique, de que su padre cree que solo la cirugía lo podría curar, e interpreta en este sentido, sin obtener respuesta por parte de Dominique.

En la última sesión, que tiene lugar luego de las vacaciones, la señora Bel explica que, de acuerdo a los deseos del padre de Dominique, este será el último encuentro del tratamiento.

El mismo entiende que, los resultados que se han obtenido hasta el momento superan lo que se podría esperar de una psicoterapia, por lo tanto, considera que es suficiente.

Dominique no se sorprende cuando se le informa esto, ya que está al tanto de lo que piensa su padre al respecto. Asocia la decisión del padre al aspecto económico del análisis, entiende que su padre no quiere gastar más dinero en él; el padre le ha dicho que, para lo que podrá lograr, no vale la pena seguir asistiendo, ya que no podrá recuperar su atraso y es mejor no intentarlo siquiera.

Dominique expresa que está contento con lo que ha logrado en el análisis, que le gustaría continuarlo pero que debe obedecer a su padre. Tiene la convicción de que un día ganará su propio dinero, y entonces podrá continuar el tratamiento sin depender económicamente del padre.

Antes de retirarse la señora Bel aclara a Dolto que no es por dinero que su marido ha decidido que no se continúe, sino que él piensa que se trata de charlatanería; pero que encontrara, si existe, un cirujano que le realice la operación que necesita Dominique, la operación del centro del cálculo.

El significativo forcluído

En la exposición del caso Dominique es posible situar los elementos que dan cuenta de una estructuración psicótica, los cuales se cimientan en la falla simbólica originaria, fundadora de la estructura, que es la forclusión del nombre del padre. La metáfora paterna se encuentra ausente en su función de portadora de la ley, y por consiguiente el sujeto no tiene acceso al significativo fálico que le permita separarse del goce incestuoso.

La posición que se le permite ocupar al niño, en la homeostasis de goce de la relación de los padres, da como resultado su estructura subjetiva. (Tendlarz, 2007)

Lacan (1967) establece que, para que un niño se estructure a la manera de la psicosis, es necesario el trabajo de las dos generaciones anteriores, es decir que el niño psicótico es el resultado de este trabajo, que se manifiesta en la tercera generación.

Es decir que, de acuerdo con su propia historia subjetiva y la falla en su propia relación con sus progenitores, los padres no tienen otro lugar en el cual su hijo pueda habitar, que el de la psicosis. Esta falla simbólica que se transmite transgeneracionalmente, puede producir en la tercera generación, la forclusión del nombre del padre.

Sin embargo, no todos los hijos de una pareja serán necesariamente psicóticos, de hecho, Dominique tiene dos hermanos que parecen estar estructurados de forma neurótica; el resultado dependerá del lugar que ocupe el niño en el deseo de los padres, y de las circunstancias simbólicas puestas en juego al momento de su nacimiento.

En su intervención, Dolto hace un intento de neurotizar al sujeto; trayendo al padre como presencia influyente en cada oportunidad que se presenta, cuando en la realidad el mismo no se interesa mucho por lo que sucede con su hijo; de esta forma es capaz de proporcionar cierto alivio y una creciente apertura en un sujeto que se encontraba cada vez más alienado.

Esta orientación particular de la cura analítica es señalada por Tendlarz (2007) al respecto de la invención, por parte de Dolto, de un padre neurotizante, castrador y portador de la ley; en contraposición al padre existente en la vida de Dominique. La analista busca acentuar el interés de este padre por su hijo, e intenta retomar el conflicto edípico que no prosperó en su momento, a través de intervenciones que permitan instaurar las simbolizaciones necesarias para una neurosis.

Un ejemplo claro de esta forma de intervención por el lado de lo que ha fallado en el Edipo, es la enunciación por parte de Dolto (2004) de la ley de la prohibición del incesto, ante el hecho de que Dominique suele acostarse en la cama de su madre. Esta prohibición es planteada por la analista como algo que el padre piensa, aunque en realidad, el mismo no se opone ni discrepa con el hecho de que los hijos duerman con su mujer cuando él no está en la casa. A su vez, se intenta subrayar la importancia de lo que dice el padre, cuando señala que “si el padre dice que eso está permitido, es que está permitido” (p. 94).

El discurso del padre es rescatado tanto por la señora Bel como por Dolto; la madre dice que el padre piensa que el tratamiento psicológico no sirve, ya que solo cree en la cirugía, mientras la analista dice que lo que dice el padre es ley.

Pero esto no es suficiente para que un padre hable en tanto nombre del padre; dado que no interviene en la relación imaginaria, no funciona como interdictor del deseo materno ni muestra tener la respuesta fálica al enigma del deseo del Otro. Está posicionado con respecto a Dominique en un lugar de pasividad e indiferencia, y es desde ese lugar que interviene el nombre del padre para este sujeto.

Este padre, como tal no habla, más que para sentenciar de manera inapelable, que la enfermedad de su hijo es incurable y nada se puede hacer al respecto. Se trata de un nombre del padre que no habilita al sujeto, no cumple la función necesaria para que el niño

despliegue su deseo. La forclusión opera, en este sentido, desde que el padre no interviene como portador de una ley que está más allá de él; no promulga la ley, sino que la sentencia, él es la ley.

Finalmente, una vez que el tratamiento es interrumpido por decisión del padre, la analista intenta sostener una vez más su palabra con la intención de que, el mandato del padre pueda ser simbolizado por Dominique como un “destete” en relación a ella, una separación que no represente un traumatismo demasiado grande. En este sentido expresa Dolto (2004), que “Dominique es muy positivo para acoger todo lo que viene de su padre, y eso para su estructura es algo que hay que preservar”. (p.156)

Recomposición simbólica

La dirección de la cura que lleva adelante la analista en el tratamiento de Dominique Bel, da cuenta de que a su criterio es posible el pasaje de la estructura psicótica a la neurótica, mediante la introducción, a través de intervenciones puntuales, de la ley paterna que no fue simbolizada por el sujeto durante el complejo de Edipo.

Esta concepción de la cura analítica, junto con la mejoría que fue presentando el sujeto durante el desarrollo del análisis, marcada por las adquisiciones simbólicas que fue logrando con el tratamiento; le llevan a concluir que Dominique resultó curado de su regresión psicótica, y que posteriormente comenzaría una elaboración tardía de sus componentes edípicos; agregando que al tratamiento de la psicosis debería sucederle el tratamiento de la neurosis, en la cual se inscribe luego de esta reelaboración (Tendlarz, 2007).

La concepción lacaniana de la cura analítica, tiene que ver con la búsqueda de una estabilización del sujeto, en el interior de su estructura. Es decir que no se procura que la persona se mueva de una psicosis hacia una neurosis, en el entendido de que las significaciones que hacen a una estructura subjetiva son tempranas; y si bien el proceso de adquisición simbólica, no se ordena necesariamente en función de una temporalidad cronológica, si se encuentra subordinada a un orden lógico de constitución del sujeto.

La búsqueda de la estabilización dentro de la estructura de un sujeto, en el caso de la psicosis, suele servirse de suplencias que operen en el lugar de la falla simbólica; que puedan servir de puntos de apoyo para el sujeto, cuando lo real se le impone y lo interpela.

Como establece Tendlarz (2007), no alcanza con que el niño se acostumbre a la presencia del analista y se genere una apertura dentro del ámbito analítico, sino que es

necesario que la intervención posibilite la apertura dialéctica del sujeto; el trabajo analítico debe posibilitar al niño el acceso a un proceso de simbolización que le permita desarrollar una demanda y a partir de ella su deseo. El niño podrá producirse como sujeto a partir de la metonimia del deseo, que permite una evolución hacia la metonimia del saber y la apertura a la adquisición cultural. El deslizamiento metonímico de un objeto a otro es el mecanismo por el cual el sujeto psicótico puede introducir un agujero, una falta en el campo del Otro, en el registro de lo real; en la cual pueda constituirse como sujeto, supliendo mediante la metonimia, la operación de separación que no pudo producirse.

La falta del significante fálico en la estructura psicótica, ocasiona que el sujeto se vea agobiado por el enigma del deseo del Otro, y como consecuencia sea forzado a entregarse al goce invasor.

El mecanismo que se pone en marcha en la psicosis, propio de esta estructura, trabaja por proporcionar al sujeto una respuesta alternativa a la pregunta por el deseo del Otro, intentando introducir en lo real, la negativización que no se pudo establecer en lo simbólico.

Es en este sentido que se propone, desde una concepción lacaniana de la dirección de la cura, cierto grado de pasividad por parte del analista frente al trabajo de la psicosis, que no significa no operar, sino que implica ayudar a sostener este trabajo, en sus intentos por producir una hiancia en lo real, donde pueda habitar el sujeto.

CONSIDERACIONES FINALES

Para concluir, se retoma la importancia que posee para el psicoanálisis, el estudio de los fenómenos de carácter estructurante que acontecen en la vida de un sujeto; en particular aquellos donde una falla a nivel simbólico puede dar lugar a la psicosis.

En este sentido, en el recorrido realizado en el presente trabajo, se subrayan los procesos primarios fundamentales para la estructuración subjetiva, situados en las etapas más tempranas de adquisición simbólica. De esta forma es posible dar cuenta de su papel esencial en todo el posterior desarrollo del sujeto; particularmente en el futuro de la relación de este con su propio deseo, así como su identificación con la falta en ser originaria que le permite desplegarlo.

De los temas abordados, emerge como eje transversal el lenguaje, y la importancia de su función formadora de la estructura psíquica. Para Lacan el inconsciente se estructura como un lenguaje; cuyo elemento fundamental es el significante, unidad constitutiva del orden simbólico. Son los efectos que tiene el significante sobre el sujeto, los que conforman su inconsciente; originándose a partir de ellos las elaboraciones y manifestaciones que componen el psiquismo.

El significante ejerce su función determinante a diferentes niveles, en los diferentes momentos del desarrollo subjetivo. Durante la elaboración edípica, la falta de un significante, que representa los lineamientos básicos para la relación dialéctica del sujeto con el resto de la cadena significativa, desarticula toda la adquisición simbólica posterior, tanto en relación a la cultura como a la adaptación.

En particular se profundiza en este trabajo, sobre el complejo de Edipo, ya que es durante su resolución que encontramos la instauración para el sujeto de un significante primordial, que es el falo. El significante fálico es determinante, debido a que nombra la falta, le da un sentido para el sujeto; y en la medida en que es parte fundamental de ella, otorga también sentido al resto de la cadena significativa. Provee al sujeto de una respuesta frente al goce desmedido del Otro, y le permite escapar de la ilusión de completud imaginaria, configurando en base a este significante su condición deseante.

Esta condición deseante está sujeta a la metonimia del deseo; que a su vez posibilita la apertura a la adquisición de contenidos culturales cada vez más complejos, que facilitan la adaptación del sujeto al mundo que lo rodea y contribuyen a un cierto nivel de equilibrio y bienestar psíquicos, que lo ubican en el campo de la neurosis.

Cuando se pone en juego para el sujeto la forclusión, respecto del significante nombre del padre, el proceso por el cual se llega a incorporar el significante fálico es obstaculizado

antes de que sea puesto en marcha, debido a que es la función paterna la que permite integrar el falo al psiquismo del niño, para lo cual es necesario que el padre intervenga como metáfora y como portador de la ley.

Si el padre no interviene en este nivel estructurante, nos encontramos con un sujeto organizado a la manera de la psicosis, el cual no posee en su repertorio simbólico inconsciente la respuesta fálica que le permite lidiar con la falta originaria que detenta el Otro del significante.

En el momento en que, en el transcurso de su existencia, algo en lo real acerca al sujeto a este agujero de significación, lo enfrenta con la falta de un elemento en la cadena significante que da estructura al mundo simbólico; se desencadena la serie de fenómenos elementales que son sintomáticos para la estructura psicótica, en los cuales el sujeto queda sumido en la perplejidad y la extrañeza. El mecanismo por el cual intenta reconstruir imaginariamente el mundo simbólico con el que se produjo un corte, es el delirio.

La enseñanza Lacaniana respecto del tratamiento de las psicosis tiene que ver con la búsqueda de la estabilización del sujeto dentro de su estructura, en el entendido de que la misma ya se encuentra instituida desde una etapa muy temprana, a partir de la cual el resto de la vida psíquica del sujeto se construyó sobre esta base.

Entonces, la pregunta que persiste es, ¿cuál será la dirección que tome el análisis para lograr esta estabilización?, y cuál es la posición del analista en esta búsqueda?

Lo que se recoge de las teorizaciones desplegadas es que la dirección de la cura en la clínica de las psicosis, se trata para el analista de prestar el significante que falta al sujeto, y de esta forma poner un freno al goce que lo invade desde lo real.

Siguiendo lo expresado por Imbriano (2003), este goce “se expresa bajo la forma del horror que se produce ante la certeza de saber que el Otro goza de él”. Esta certeza es el saber constituido del psicótico, el cual el sujeto necesita desplegar, y a través del cual trata de poner cierto límite al goce del Otro.

El analista le ofrece al sujeto, ante esta necesidad de decir, un ámbito en el cual sea posible la enunciación de su saber; y su presencia para ayudar a sostener el trabajo de la psicosis, donde el sujeto busca a través del delirio, dar razón del goce que lo desborda, cubriéndolo con significaciones. Esta tentativa de dar sentido por medio de la palabra, es lo que le permite al sujeto sostener su existencia.

El lugar del analista en la clínica de la psicosis se diferencia del lugar de sujeto supuesto saber, dado que el sujeto psicótico no busca una interpretación de su saber

delirante, del cual tiene certeza. Su necesidad se encuentra determinada por la pérdida del sustento que brinda lo simbólico, por lo que la dirección de la cura estará orientada a la posibilidad de elaboración de una suplencia que opere en lugar de la falla simbólica, constituyente de su estructura subjetiva.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bafico, J.; Cabral, E.; González Imaz, M. (2007). *Introducción a la teoría lacaniana*. Montevideo, Uruguay: Psicolibros Waslala.

Dolto, F. (2004). *El caso Dominique*, Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores. (Trabajo original de 1973)

Freud, S. (1992). *Sigmund Freud Obras completas, Más allá del principio de placer, psicología de las masas y análisis del yo, y otras obras, Vol. XVIII*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores. (Trabajo original de 1920-1922).

Freud, S. (1992). *Sigmund Freud Obras completas, El yo y el Ello y otras obras, Vol. XIX*. Buenos Aires, argentina: Amorrortu. (Trabajo original de 1923-1925).

Imbriano, A. H. (2003). La intervención analítica en las psicosis. *Imago Agenda*, N°74. Recuperado de <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=701>

Lacan, J. (2017). *El seminario de Jacques Lacan libro 3: Las psicosis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós. (Trabajo original de 1955-1956)

Lacan, J. (2011). *El seminario de Jacques Lacan libro 4: La relación de objeto*. Buenos Aires, Argentina: Paidós. (Trabajo original de 1956-1957)

Lacan, J. (2004). *El seminario de Jacques Lacan libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Paidós. (Trabajo original de 1957-1958).

Lacan, J. (2013). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica, Escritos 1*. Madrid, España: Biblioteca Nueva.

Lacan, J. (2009). *La significación del falo, Escritos 2*. Distrito Federal, México: Grupo Editorial Siglo Veintiuno.

Lacan, J. (1967). Discurso de clausura de las Jornadas sobre la psicosis en el niño, París, 21 y 22 de octubre de 1967. *El psicoanalista lector*.

Recuperado de:

<http://elpsicoanalistalector.blogspot.com.uy/2007/11/re-post-jacques-lacan-discurso-de.html>

Maleval, J-C. (2002). *La forclusión del Nombre del Padre*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Sauval, M. (1995). Comentario sobre La Verneinung. *Revista Acheronta*, N°3.
Recuperado de <http://www.sauval.com/pdf/Comentario%20Verneinung.pdf>

Tendlarz, S. E. (2007). *De que sufren los niños?: la psicosis en la infancia*. Buenos aires, Argentina: Lugar Editorial.